

1

Me llamo Daniel. ¿Recuerdan?, el profeta que sobrevivió a los leones. Soy urólogo y esta historia comienza una tarde en que hojeaba aburrido el programa del próximo congreso de mi especialidad. Nunca imaginé que Eva, mi querida Eva, pudiera regresar a mi vida de una manera tan poco romántica. Llevaba cerca de treinta años sin saber de ella y ver su nombre junto a una de las ponencias, «Cirugía del carcinoma renal», me causó el mismo asombro que si hubiera recibido la visita de un antiguo y querido fantasma en uno de esos templos indios llenos de monos. Eva Arrizabalaga y yo nos habíamos conocido en Valladolid cuando teníamos quince años. Formábamos con Alberto Mena, mi gran amigo de entonces, uno de esos tríos, tan comunes a esas edades, que no pueden vivir sin estar juntos todas las horas del día. Uno de esos tríos inseparables de los que tarde o temprano uno de sus componentes se verá fatalmente excluido por los otros dos. ¿Hace falta que les diga quién fue? Eva significa «la que da vida» y Alberto «el que brilla con nobleza», por lo que no es extraño que acabaran por enamorarse. Tampoco que su historia terminara en un desastre, como suele suceder con estas historias de juventud. Pero, en fin, la vida siempre es un desastre, por mucho que nos empeñemos en lo contrario. Incluso para los que cuentan con la protección de un nombre como el mío.

Eva Arrizabalaga era de Bilbao y ese verano lo pasó en nuestra ciudad, por circunstancias que explicaré más adelante. No era fácil entender cómo su nombre había llegado al programa de aquel congreso. Pero ¿se trataba de la misma persona? Arrizabalaga era un apellido ciertamente poco común en mi tierra, pero bien pudiera ser que en la suya no fuera así y se tratara de una simple coincidencia. De todas formas, el inesperado encuentro tuvo sobre mí el mismo efecto que la magdalena proustiana, haciendo que una buena parte de mis recuerdos de aquel remoto verano del sesenta y tres aflorara a mi conciencia con el vigor de los primeros momentos.

Fue uno de los veranos más calurosos que se recuerdan. Los termómetros alcanzaban con frecuencia los cuarenta grados, y por las noches no corría ni la más leve brisa. El calor era tan agobiante que la gente llegaba a sacar los colchones a las terrazas para poder dormir. Aquellos campamentos improvisados, con sus pequeñas luces flotando en la oscuridad, parecían pequeñas barcas a la deriva en la inmensidad de la noche. Recuerdo que yo las miraba desde mi cama, preguntándome quiénes iban en ellas y si acaso les desvelaban las mismas cosas que a mí. Todos éramos naufragos en los confines del mundo.

Valladolid era una ciudad de unos ciento cincuenta mil habitantes. Se iniciaba entonces el desarrollo económico que le haría doblar su población en apenas dos décadas, pero en el tiempo en que se sitúa mi historia aún era una ciudad tranquila, dominada por una burguesía de origen mercantil y rural. Y, por supuesto, por el clero y la propaganda franquista.

Aquél fue el primer verano que pasé separado de mis padres. Ellos se habían ido a pasar las vacaciones al pueblo y yo tenía que acudir a una academia para preparar los exámenes de septiembre. No era mal estudiante, pero ese curso había tenido demasiadas cosas en que pensar y por primera vez en mi vida había suspendido tres asignaturas.

Vivía en casa de una tía mía. Desde la ventana de mi cuarto se veía el Campo Grande, que era el parque más conocido de la ciudad. Formaba una gran mancha verde y, al anochecer, los troncos de los olmos y de los plátanos tomaban un gris ceniciento que evocaba la piel pálida y fosforescente de misteriosos animales. Arriba se veía el cielo estrellado. En la clase de geografía nos habían explicado que sólo se trataba de una acumulación de gases, minerales, calor, y átomos; sin embargo, para un muchacho en la oscura frontera de los quince años, aquel mundo de constelaciones y remotos cuerpos celestes no era sino la imagen más clara de ese jeroglífico que para él era entonces la vida.

La tía Goya era hermana de mi padre y se había ofrecido a vigilarme durante aquel mes. Era viuda y su marido había sido años atrás un médico muy conocido en la ciudad. El retrato del tío presidía el comedor. Era un cuadro al óleo, ejecutado con cierta pericia, en el que se le veía vestido con bata blanca y un fonendoscopio colgando del cuello. En una mano llevaba un manual de pediatría, y en la otra, una pajarita de papel. La pajarita estaba posada sobre su palma, y ese frágil equilibrio daba al retrato un aire melancólico y poco tranquilizador. Imagino a sus pacientes mirándolo con cierto estremecimiento, como temiendo que su salud pudiera parecerse demasiado a aquella etérea figura que, en realidad, no era sino una muestra de la que había sido la gran afición de su vida, la papiroflexia. El tío Antonio había llegado a editar un libro explicando los pormenores de aquel arte, y su fama en la ciudad se debía más a ese libro y a las charlas y exhibiciones que cíclicamente daba sobre el tema que a su actividad como médico. Algo que mi tía Goya, de un carácter enérgico y fundamentalmente práctico, no había aprobado nunca por parecerle que tal dedicación en nada contribuía a aumentar el número de sus pacientes y, en consecuencia, sus ingresos. De hecho, casi todas las broncas de la tía terminaban con una alusión a lo que ella consideraba el infantilismo impenitente de su marido.

—No hagas como tu tío, que en su vida no supo hacer otra cosa que perder el tiempo.

Ésa era la obsesión de mi tía, que había que vivir con los pies en el suelo sin dejarse llevar por los sueños. No era fácil, y mucho menos en aquel mundo lleno de tedio en que nos había tocado vivir. Yo apenas me acordaba del tío, pues era muy pequeño cuando murió. Recuerdo que venía por casa y que siempre pedía una Coca-Cola, que echaba en un vaso y removía un buen rato con la cucharilla antes de bebérsela, para quitarle el gas. Tenía la cara redonda, y sus ojos eran grandes, acuosos y vivos. También recuerdo que mi madre y las otras mujeres de la casa se lo pasaban en grande con él, de forma que, cuando venía, enseguida las tenía a todas a su alrededor.

—Ah, las mujeres, las mujeres —solía exclamar con una sonrisa bondadosa—, comedoras de lechuga y bebedoras de sangre humana. ¿Puede saber alguien lo que quieren?

Y ellas se hartaban de reír.

La tía Goya solía veranear con nosotros en el pueblo, donde tenía una casa, pero ese año había renunciado a hacerlo porque no se encontraba bien. Se le olvidaban las cosas y tenía frecuentes mareos. Una noche Pilar, su fiel criada, se la había encontrado en las escaleras en camión, sin que luego mi tía hubiera podido explicar qué la había llevado hasta allí.

Pilar había entrado a servir en la casa familiar cuando era casi una niña y desde entonces había estado junto a mi tía. Al casarse ésta, Pilar la había acompañado a su nueva residencia como si en nada se distinguiera de los muebles y otros enseres de su dote. No podía haber dos personas más distintas y, sin embargo, la una no habría podido vivir sin la otra. Cuando se enfadaba con ella, mi tía solía mirarla con el fastidio con que se mira a una de esas mascotas a las que se perdona la vida y con las que luego no se sabe qué hacer. Era puro teatro, porque Pilar era el alma de aquella casa: mi tía no sabía ni abrocharse sola los cordones de los zapatos y sin su ayuda habría estado condenada a perecer de frío o de inanición en pocas semanas.

Pilar tenía en la mesilla de noche una fotografía de su único hermano, que había muerto durante la guerra civil. Mi tía decía que la guerra había sido necesaria porque los comunistas trataban de hacerse con España y habían empezado a quemar conventos y a meterse con las pobres monjas, que al fin y al cabo lo único que hacían era rezar por la salvación de todos. En aquella fotografía se veía al hermano de Pilar junto a otros milicianos. Eran todos muy jóvenes y andaban cogidos por los hombros, como muchachos que fueran de excursión y no le temieran a nada. Sin embargo, todos habían muerto poco después. La guerra había sido una gran preparación para el dolor, pero tres décadas más tarde lo que quería la gente era vivir bien y olvidar. Ése era el mensaje de los nuevos tiempos. Como si la vida en el mundo estuviera empezando entonces y nada de lo que hubiera sucedido años atrás mereciera la menor atención.

Mi cuarto daba a una galería acristalada y una explosión de luz me despertaba cada mañana. Me gustaba dormir sin echar las cortinas porque la luz me defendía de aquel cuarto, con sus pesados muebles de nogal, su enorme Cristo presidiendo la cabecera y aquella cama inmensa en la que, según me había contado mi padre, había muerto un tío abuelo mientras tomaba una taza de chocolate. Había sido el patriarca de la familia, uno de esos hombres de carácter fuerte empeñados en modelar la vida de cuantos le rodean. Cuando falleció, le habían encontrado con la taza intacta en las manos, como si le hubiera dado a la muerte la orden de que no derramara el chocolate sobre las sábanas y ni siquiera ella se hubiera atrevido a discutir su autoridad.

Pilar me llamaba a las ocho, y, después de remolonear todo lo que podía, saltaba de la cama y me dirigía al cuarto de baño, donde pasaba el menor tiempo posible, para luego correr a la cocina. Allí me esperaba ella con el café con leche humeante y su sorpresa diaria: torrijas, deliciosos bizcochos o pan frito. En la galería había geranios, violetas, pequeñas rosas, semilleros de tomates y pimientos para

trasplantarlos, todo ello recién regado. La pureza de las flores blancas, los tonos colorados, cubiertos por la fina capa dorada de la luz del verano, daban a aquella galería una extraña cualidad protectora. Pilar se quedaba de pie, sin dejar de mirarme, mientras se oían los aleteos de las palomas en el alféizar de la ventana, donde solían dormir. Tenía unos ojos castaños, profundos, llenos de vida, pero lo más sorprendente eran sus pestañas, largas, rojizas, infantiles, como si acabaran de ser arrancadas de una de esas antiguas leyendas en que el hombre seguía conviviendo con ángeles y demonios.

Terminaba de desayunar y me despedía de ella con un beso. La academia donde recibía las clases no estaba lejos, y para llegar a ella atajaba atravesando el parque. A esas horas no hacía calor, y la pequeña fauna del lugar, patos, pavos reales, palomas, se movía a sus anchas por los paseos recién regados. Me gustaba recorrer aquellos paseos, sintiendo la frescura de la hierba y el rumor de las hojas. A veces lo cruzaba una hilera de gansos, en orgullosa fila india, con los más pequeños imitando las maneras marciales de los mayores. Daban ganas de seguirlos, como si fueran unas criaturas sagradas. No, la belleza no era una invención humana. Los matices del verde, las ramitas, la hierba densa y suave, aún empapada de rocío, parecían preparar la llegada de los niños. Nadie sabía más que ellos del amor. Muy pronto estarían correteando por los paseos, bajo la mirada atenta de sus madres jóvenes y hermosas, y se detendrían cada poco para buscarlas con los ojos y comprobar que seguían allí. Entonces correrían hacia ellas y se abrazarían a sus cuellos, acariciando la piel de sus hombros y de sus brazos, fragantes como las manzanas del verano.

La academia se llamaba Atenea, como la diosa griega de la sabiduría. Falta nos hacía una protección así, porque en aquellas clases no abundaba precisamente el deseo de conocimiento. Repetidores y suspendidos de distintos colegios se reunían en sus aulas cada mañana, arrastrando su indolencia, como si ésta no se debiera a una debilidad de carácter, sino a un mal que hubieran contraído contra su voluntad, un mal que afectaba a barrios enteros. El único aliciente eran las clases mixtas. En aquel tiempo los sexos estaban radicalmente separados y en los colegios de frailes y monjas a los que íbamos jamás se habría permitido que chicos y chicas compartieran los mismos pupitres, como pasaba en aquellas academias. Recuerdo especialmente a una de mis compañeras. Su nariz era pequeña, fina y bien dibujada, y sus ojos, color avellana. Tenía el cabello espeso y negro intenso. Toda ella parecía concebida para la dicha, y sin embargo la dominaba un fastidio sin fin. Cuando se sentaba a tu lado, lo que siempre solía hacer al cabo de un buen rato de haber empezado la clase, era como si quisiera aplastar su corazón en la tabla del pupitre. Parecía capaz de cualquier cosa. Tenías la sensación de que en cualquier momento podía disparar contra ti.

Al terminar las clases, yo corría a buscar a Alberto, mi mejor amigo. Los dos íbamos al colegio de los jesuitas, y teníamos la misma edad. Su familia tenía una pequeña tienda de ultramarinos y Alberto, en vacaciones, ayudaba a su padre a despachar. El negocio era humilde, y el padre trajinaba lo suyo para que su hijo fuera al mejor colegio de la ciudad. Alberto era un estudiante brillante, pero nunca terminó de integrarse en un colegio al que acudían los retoños de la burguesía más acomodada como a su propia finca y donde los premios se daban en el teatro principal de la ciudad, con la presencia del

obispo, el gobernador y los jefes militares. Eso casaba mal con el hecho de que luego tuviera que correr a su tienda, ponerse el mandil y ayudar a su padre a despachar lentejas y pimentón. En aquel colegio, proceder de un pueblo o pertenecer a una familia humilde era un estigma que difícilmente se pasaba por alto.

De modo que yo ayudaba a Alberto a cerrar la tienda y luego corríamos a las piscinas con los bocadillos que nos habían preparado en casa. Íbamos agarrados del hombro, como si nada en el mundo nos pudiera separar. Había dos piscinas, las piscinas deportivas, que pertenecían al Frente de Juventudes, y las piscinas Samoa, que eran de pago. Estaban situadas una junto a otra, en la orilla del río Pisuerga, y se accedía a ellas por un paseo bordeado de plátanos. Las ramas de los plátanos se juntaban por encima de nuestras cabezas, creando un pasillo de sombra cuyo rumor, cuando soplabla el aire, recordaba el del agua al correr. Alberto y yo íbamos a las piscinas Samoa porque el encargado le debía algo a mi padre y teníamos entrada libre. A mi padre, que era de la policía secreta, todos le debían cosas, y cuando íbamos por ahí raras veces le dejaban pagar en los bares. A mi madre no le gustaba, y le reprochaba que lo aceptara.

«Tenemos nuestro propio dinero –solía decir–. Tarde o temprano querrán que les devuelvas el favor.»

Las piscinas Samoa estaban situadas en un bonito edificio que recordaba a un pequeño barco, con sus ventanas redondas, su pequeña torre de mando y su chimenea. Allí estaban los vestuarios y el bar. Escuchábamos al entrar la música de los altavoces, que sonaban a todo volumen, para amenizar el baño. Música francesa, y dulces baladas italianas que llenaban nuestro pecho de confusos anhelos. Bajo el fuerte sol del mediodía, y al amparo de aquella música, no había un lugar que nos pareciera más lleno de promesas. El sol se reflejaba en las aguas limpias de la piscina, y la música parecía ser una continuación de aquel mundo de reflejos y de sutiles transparencias. Allí iban las chicas que nos gustaban. Tenían nuestra misma edad y desplegaban sus bolsos y sus toallas de colores junto a la piscina. Iban, como nosotros, a los colegios religiosos de la ciudad, y, como nosotros, eran hijas de la pequeña burguesía de entonces.

Alberto y yo nos cambiábamos en los vestuarios e íbamos a ver a Nacho Castro, nuestro jefe, que siempre nos tenía algo preparado para hacer, normalmente poner los discos o vigilar la piscina de los niños mientras el encargado se iba a comer. Los discos eran de vinilo y había que andarse con mucho cuidado para no rayarlos. Solía ser yo el encargado de ponerlos. Al pequeño cuarto del tocadiscos se accedía por el bar, y las chicas se pasaban el día pegadas al mostrador para pedirme canciones, cuyos títulos yo anotaba en un papel, mientras ellas se reían y se decían cosas al oído, revelando ya desde muy temprano esa pasión tan femenina por el secreto y el doble juego. Aquellas canciones de amantes que velaban en la noche, de desgarradoras despedidas y de melancólicas entregas, las volvían literalmente locas. No habían tenido tiempo de experimentar nada de aquello, y sin embargo ya se movían en aquel mundo de apretones y vuelcos del corazón como pez en el agua.

Fue en aquellas piscinas donde Alberto y yo conocimos a Serafín Parra, el Centella. Era el encargado del bar. Apenas tenía cincuenta años, pero a causa de su afición a la bebida parecía casi un anciano. Procedía de Íscar, el pueblo de los pinares y de las fábricas de muebles. Nacho Castro, nuestro jefe, que también era de allí, le echaba una mano siempre que podía. Era él quien le había proporcionado aquel humilde empleo veraniego en la piscina, más por tenerle entretenido que por el escaso dinero que le pudiera proporcionar.

Serafín Parra había sido en sus tiempos un magnífico boxeador. Antes de la guerra, había peleado más de cuarenta veces como profesional, y treinta de ellas había ganado por K.O. Estaba a punto de combatir por el título de España de los pesos welter cuando empezó la guerra. Tuvo que alistarse y permaneció en el ejército cerca de diez años. Cuando colgó el uniforme, sólo tenía una obsesión: volver a pelear. No había dejado de entrenarse, y en aquel yermo que era entonces el deporte en España no le fue difícil brillar con luz propia. Su regreso fue tan espectacular como meteórico. Consiguió el título que había acariciado antes de la guerra y se convirtió en uno de los deportistas más famosos de entonces. Falangistas y jefes provinciales del Movimiento se fotografiaban a su lado en el ring, presentándole como ejemplo de esa nueva generación llamada a regenerar España. Sin embargo, aquella luna de miel apenas duró unos meses. Sus mentores, obsesionados con encontrar modelos que sirvieran de guía y estímulo a una juventud desmoralizada, sin trabajo y sin porvenir, le enzarzaron en un combate tras otro sin apenas darle tiempo para recuperarse. Su objetivo era que llegara a ser nombrado aspirante oficial al título europeo, pero se cruzó en su camino un boxeador mexicano llamado Chava Palacios. Este combate iba a ser el último peldaño de Serafín Parra en su escalada al ansiado título, pero el Chava resultó un hueso duro de roer. Le habían traído de América con el fin exclusivo de que le sirviera de *sparring*; sin embargo, conservaba una pegada demoledora y se dieron una paliza fenomenal. Serafín Parra ganó el combate por puntos, gracias a una escandalosa decisión de los árbitros. Volvió a boxear dos semanas después, sin haberse recuperado, y un desconocido le noqueó en el primer asalto. Aquello fue el principio del fin. Perdió reflejos, sus golpes se hicieron más inseguros y, ya fuera porque la sucesión de combates y golpes había dejado en él alguna secuela física o porque el escándalo que había acompañado su victoria con Chava Palacios le había hecho perder la confianza, no volvió a ser el mismo. Empezó a perder un combate tras otro y, apenas un año después, malvivía gracias a combates organizados en las fiestas de los pueblos. Luego dejó el boxeo y se quedó prácticamente en la calle. Fue entonces cuando un conocido escritor del régimen, que había seguido su meteórica carrera, se lo encontró en un tugurio y, compadecido de su declive, le consiguió un puesto de portero en el hotel Palace, que era uno de los hoteles más importantes de Madrid. Ese trabajo daría lugar a la historia más maravillosa de su vida, pues una noche salió en defensa de Frances Dee, una conocida actriz norteamericana. Se alojaba en el hotel y, justo en la entrada, su acompañante, completamente borracho, trató de pegarle. Serafín se interpuso y le noqueó de un solo golpe. Lo expulsaron del hotel pero, a cambio, cuando la actriz volvió a Estados Unidos, se lo llevó con ella. Serafín permaneció a su lado, haciendo de chófer y de guardaespaldas, cerca de cuatro años. Regresó a

Valladolid con dinero y puso un comercio de armas y de artículos de deportes en la plaza Mayor. Le fue bien al principio pero luego, poco a poco, empezó a descuidar el negocio a causa de la bebida, a la que muy pronto volvió a aficionarse. Nacho Castro nos contó que detrás del mostrador había una puerta tapizada con fieltro verde que comunicaba con una pequeña sala, donde en los buenos tiempos Serafín tenía una tertulia. Adornaban la sala muchas estampas deportivas y abundantes copas y cinturones, que constituían los preciados trofeos que Serafín Parra, el Centella, había ganado durante su corta carrera. Todos los aficionados al boxeo de la ciudad pasaban por allí y hablaban de los combates del pasado, comentaban las noticias de la actualidad y hacían previsiones acerca de los tiempos futuros. También acudían antiguos boxeadores, en especial los que se encontraban sumidos en la pobreza o pasaban por un mal momento. Era proverbial la generosidad de Serafín Parra, quien jamás le cerró la puerta a un hombre de su oficio, si podía remediar su situación con consejos o con una buena comida. Aunque no hubiera forma de arrancarle una palabra acerca de lo que había hecho en Hollywood ni en qué habían consistido sus relaciones con aquella actriz.

«Pero vamos a ver, Serafín —le preguntaban sus compañeros de tertulia—, ¿te la tirabas o no te la tirabas?»

Y Serafín torcía el gesto, farfullaba algo entre dientes y abandonaba la sala, fingiendo ocuparse de algún asunto urgente. Allí, en un lugar preferente de la tienda, había una fotografía que demostraba que lo que contaba era verdad. En ella se veía a aquella actriz con las manos en las caderas, y, a su derecha, a Serafín Parra en posición de combate. Tenía el torso desnudo y las manos enfundadas en unos voluminosos guantes de boxeo, como dispuesto para la pelea. Detrás había un árbol de gran tamaño de cuyas ramas colgaba un nido en forma de corazón gris.

La tienda acabó cerrando. Serafín Parra no estaba hecho para llevar un negocio. Además, había vuelto cambiado de aquel viaje, ya que el mundo que había conocido al otro lado del océano pertenecía, como habría dicho mi madre, al reino de las cosas que no se pueden tener. Por eso volvió a la bebida. Bebía hasta perder el sentido, y se pasaba días enteros sin aparecer por la tienda. Y ya se sabe qué es eso. Empezó a contraer deudas y a pedir préstamos, cuyos intereses se llevaban sus escasas ganancias, hasta que tuvo que cerrar. Ya no levantó cabeza. Tuvo múltiples trabajos y cada vez duraba menos en ellos. Se le veía silencioso en los bares, apurando sus copas de ponche, o en la fonda de la estación, hasta altas horas de la madrugada. Bebiendo hasta reventar.

Por las tardes solía acudir a un gimnasio de boxeo, regentado por un viejo amigo suyo. Era apenas un tejado de uralita y, según nos contaban los chicos que entrenaban en él, en invierno el frío era tan intenso que muchos días, cuando iban a sacar agua al pozo, el caldero rebotaba contra la capa de hielo que se había formado durante la noche. Allí, bajo la férula de Mateo Primero, el entrenador, se formó un grupo de chavales que daría fama a nuestra ciudad de practicar un boxeo elegante y estético, más basado en la habilidad y el estudio del rival que en la fuerza bruta. Fue Serafín Parra el que una tarde, a comienzos del verano, nos llevó al gimnasio y nos presentó al entrenador. El boxeo era un arte pero, sobre todo, una ciencia. Alberto y yo cogimos afición al gimnasio y empezamos a pasarnos todos los

días cuando terminaban las clases en la academia. Allí, al contrario que en nuestros ensueños adolescentes, todo era real. Los golpes, el agua que había que sacar del pozo y que nos arrojábamos con un caldero, el olor del sudor y de nuestros guantes, la camaradería que reinaba entre nosotros. Conservo una fotografía de ese tiempo. Mateo Primero está situado frente al pozo, junto a tres cubos llenos de agua, y a su alrededor estamos todos nosotros con el torso desnudo y nuestros exiguos calzones de entrenamiento, que entonces se llevaban muy ajustados. Mateo Primero nos decía que allí no se iba a soñar y que si queríamos llegar a ser alguien en ese difícil mundo más valía que tuviéramos el pensamiento puesto tan sólo en el gimnasio. Lo más importante era que nos olvidáramos de las chicas. Ellas eran la gran debilidad, y muchos grandes boxeadores habían terminado perdiéndolo todo a causa de las mujeres.

Los sábados, Alberto y yo no nos perdíamos las veladas al aire libre que tenían lugar en las piscinas deportivas. Eran muy animadas, y en ellas solían alternarse dos o tres combates de aficionados con uno de profesionales. Los de aficionados eran a tres asaltos, y los profesionales a cuatro. Venían a pelear los mejores boxeadores del momento, y siempre había una gran expectación que se traducían en largas colas a la entrada. Los vendedores de refrescos llevaban su mercancía en calderos con hielo picado, y olía a tabaco rubio y a colonia barata. Los combates tenían lugar en la cancha de baloncesto, junto a las piscinas. Allí levantaban el ring y, en las pausas, percibíamos la frescura del río y el rumor del viento en las hojas. Las riberas estaban llenas de sauces, olmos y chopos, y cuando soplabla la brisa veíamos, por encima de la tapia, agitarse sus ramas, como arrebatadas por la misma excitación del combate. Si la noche era con luna, el brillo plateado de las hojas le daba un halo de misterio y de lujo inexplicables.

Aquella tarde Alberto y yo hacíamos un poco de tiempo antes de asistir a la velada de boxeo, y decidimos acercarnos al río. Las barcas flotaban sobre la corriente como pequeños juguetes. En muchas de ellas iban parejas. Se acercaban a la orilla y se perdían bajo las ramas mirando hacia un lado y hacia otro, como si se sintieran espiadas. Hacía poco habían encontrado en la orilla, junto a los carrizos, las salicarias y los lirios de agua, el cadáver de una mujer. Según se comentaba en el periódico, el cuerpo había aparecido con la cabeza recostada sobre un almohadón. Era extraño que su propio asesino hubiera tenido aquel detalle de increíble delicadeza.

—¿Qué te parece la chica nueva? —le pregunté a Alberto, mientras encendíamos un pitillo. El humo formaba a nuestro alrededor vetas delicadas que recordaban el interior de la madera.

La chica nueva era Eva Arrizabalaga y estaba pasando unos días en la finca de Beatriz Ocaña, que era hija del gobernador civil. Beatriz no solía quedarse allí los veranos, pero ese año tuvo que hacerlo porque su madre se puso enferma. Se aburría mortalmente en la finca y empezó a ir a las piscinas Samoa, donde se exhibía junto a sus amigas con esa mezcla tan femenina de complacencia y fastidio.

La casa de los Ocaña estaba situada junto a Peñafiel, en el centro de una finca inmensa cubierta de viñedos. La tierra era de color rojo, y descendía suavemente hasta el río. Allí los árboles formaban una tupida vegetación, que revelaba la cercanía del agua. Sentías la poderosa corriente del río Duero antes de ver su cauce, como si el aire estuviera imantado. Yo había conocido esa finca unos años atrás. El

padre de Beatriz ya era gobernador, y mi padre le fue a ver varias veces ese verano para tratar asuntos que concernían al orden público. Eran épocas movidas y mi padre tuvo que verse repetidas veces con él. Una de ellas me llevó en su coche, y mientras se retiraban a hablar me dejaron con las niñas, que estaban jugando en el patio. Recuerdo los macizos de adelfas blancas y rojas temblando como cabelleras adornadas con cintas, y la cal de las paredes, cegadora a la luz del verano. Beatriz y sus amigas estaban jugando bajo una enorme higuera como si su olor dulzón las hubiera convocado allí, a la vez que a los centenares de pájaros que volaban entre sus ramas buscando las moscas, las avispas y las abejas. Yo entonces tenía diez años y ellas uno o dos más. Llevaban vestidos de colores vivos y sus movimientos eran ágiles y repentinos, como si también ellas participaran del festín de insectos. Jugaban a las tiendas y me asignaron un pequeño comercio en el que tenía que vender todo tipo de productos: higos, trozos de tejas, diminutos ramos de margaritas, botones y lágrimas de cristal. Aún recuerdo aquellas lágrimas. Debían de proceder de una lámpara que se había roto y en el patio, recogidas en nuestras manos, brillaban como grandes gotas de agua que misteriosamente no se llegaban a derramar. Me pusieron un mandil y tenía que ir de un puesto a otro, con un cesto bajo el brazo, preguntando cuánto valían las cosas. Fue así como me encontró mi padre. No debió de gustarle aquello porque enseguida, con un visible tono de enfado, me dijo que nos fuéramos. Luego, en el viaje de vuelta, no me dirigió la palabra. Cuando llegamos a casa, antes de bajarnos del coche, dijo, sin ni siquiera volver la cabeza:

—No quiero que te vuelvas a vestir así.

—Ha sido Beatriz — me atreví a contestarle —, me dijo que los chicos no van al mercado.

—Pues haberle mandado a tomar por culo.

—Papá — me atreví a contestarle, sobreponiéndome al deseo de echarme a llorar —, no hables así, por favor.

Sabía que cuando empleaba aquellas palabras era capaz de cualquier cosa. Tenía miedo a que me pegara.

—Pues no me hagas cabrear.

Seguíamos en el coche y, a través de las ventanillas, veía nuestra casa y las leves acacias que se mecían en el aire. Eran tan esbeltas que sus ramas más altas llegaban a la altura de nuestro piso. Las mañanas de domingo me bastaba con abrir la ventana para percibir el olor intenso de sus flores carnosas y el más leve y ácido de sus hojas.

—Prefiero verte muerto antes que maricón. ¿Me has entendido?

Se volvió hacia mí, y en sus ojos había un odio que no entendía.

—Sí, papá — le dije, al tiempo que instintivamente me apartaba hacia la puerta.

Yo no sabía qué había hecho mal. Aún era un niño, y sólo quería subir las escaleras y correr a refugiarme en los brazos de mi madre, que en ese tiempo era como las acacias y tenía el olor de sus flores y de sus hojas. Pero al llegar a casa sentí la mano férrea de mi padre sobre mi hombro. Se oían

ruidos en la cocina, y la luz del sol proyectaba a través de la puerta un rectángulo dorado sobre la pared y el suelo del pasillo.

—Y de esto —añadió—, ni una palabra a tu madre.

Pero a ella le bastó ver la cara que traíamos para darse cuenta de que había pasado algo. Fue a sonsacarme poco después. Se iba secando las manos en el mandil, rojas por la lejía. A mi padre no le gustaba que fregara porque decía que para eso teníamos una criada, pero mi madre no podía ver un plato o una cucharilla sucia. Y se pasaba el día con la bayeta en la mano, sacando brillo a todo lo que pillaba.

—Pero ¿puedes parar quieta de una vez? —le decía mi padre, irritado.

—No, no puedo —le contestaba ella.

Esa tarde, al entrar en mi cuarto, lo primero que hizo fue ponerse a ordenarme los libros y los cuadernos. Luego escupió en una esquina de la mesa, que enseguida se puso a frotar con la punta del mandil. Era algo que hacía a menudo conmigo. Todos los niños tenían alguna vez las mejillas sucias y todas las madres empleaban su saliva para limpiárselas tiernamente.

—Vamos a ver, ¿qué ha pasado? —me dijo, deteniéndose de repente para buscar mi mirada.

Estaba sentado en la cama y, a pesar de mis esfuerzos, mis ojos se llenaron de lágrimas. En aquel tiempo vivíamos al lado de la estación y el eco de los trenes nos llegaba a través de los tejados y los balcones como una voz violenta que saliera de un pozo. Le conté lo que había pasado.

—No le hagas caso —añadió, mientras me empujaba levemente con su cadera para hacerse un hueco a mi lado—. Tu padre es un animal.

Sabía que mis padres no eran felices. Que incluso habían estado a punto de separarse cuando aún no había nacido yo. Mi hermano Ángel tenía tres años y mi madre se fue con él a Zamora, a casa de una hermana. Pero ésta se las había arreglado para que regresara con mi padre. Mi madre la llamaba la conjura de Toro, porque había sido en Toro donde su hermana se había citado a escondidas con mi padre, y donde habían terminado reconciliándose. Incluso puede que hubiera sido esa misma tarde cuando llegaron a concebirme.

«Las parejas no deberían andar solas por la orilla del río», solía decir mi madre, con una sonrisa triste, cuando recordaba lo sucedido aquella tarde de primavera.

Creo que mis padres se sentían atraídos el uno por el otro, incluso con mucha intensidad, pero no llegaban a entenderse. Eran demasiado distintos. Además, había pasado lo de mi hermano, aquel accidente que le había costado la vida, y eso mi madre nunca se lo perdonó, ya que pensaba que el arma jamás habría llegado a sus manos si, como ella solía decir, mi padre «hubiera trabajado en un sitio más normal».

—¿Y qué es un sitio normal? —le replicaba mi padre, irritado por su insistencia.

—Un sitio donde no pueda pasarte nada malo.

Eso era para mi madre la felicidad, poder vivir sin temor. Algo tan real y benéfico como la harina, la nata de la leche o los huevos con que se preparaban los bizcochos, las natillas y los buñuelos de viento.

—La gente necesita cosas bonitas que llevarse a casa cuando termina su jornada.

—¿Y qué piensas que traigo yo? —le replicaba él.

—Sólo pesadillas —le contestaba mi madre, con los ojos fijos en aquella pistola que llevaba disimulada bajo la chaqueta. Las lágrimas parecían a punto de brotar de ellos.

—Las pesadillas forman parte de la vida. Yo no tengo la culpa de que el mundo sea como es.

Pero mi madre no lo veía así. El mundo para ella eran los niños que jugaban en el parque, los ancianos y las parejas de novios, las tiendas, los árboles con sus colores vivos, la arena fina de los paseos, las flores perfumadas de los jardines cuando llegaba la primavera y las leves ondulaciones doradas de las piedras del fondo del estanque. Un lugar donde todo estaba en su sitio, como pasaba en el cielo estrellado. Donde los hombres eran laboriosos y atentos y las buenas chicas se casaban enamoradas y para siempre. Un lugar, tal como se mostraba en las películas que veíamos cada semana en el cine, en el que ninguna persona decente debía hacer nada para oponerse al corazón de una mujer.

Ese verano la novedad fue Eva Arrizabalaga. Estaba viviendo en casa de Beatriz y era una adolescente alta y delgada, con el pelo negro azulado, ojos oscuros y una piel notablemente blanca, sin una sola mancha. Llevaba el pelo muy corto, y tenía un aire dulce y ausente porque había entrado ya en la edad del silencio y la reserva. De hecho, apenas participaba de las conversaciones de sus amigas.

Cogió la costumbre de acercarse al bar o a cualquier otro sitio donde Alberto estuviera haciendo algo, y se quedaba mirándolo.

—¿Qué haces? —le preguntaba.

—Estoy recogiendo las hojas.

Las hojas de los árboles se colaban en el recinto vallado de la piscina cuando soplaba el viento, y había que retirarlas del agua con una red sujeta a una larga pértiga. Las hojas de los plátanos flotaban en la superficie como si fueran manos de ahogados.

—Mira, allí hay una —le decía Eva, señalándole una hoja que Alberto había pasado por alto.

A veces le ayudaba desde el agua. Se tiraba a la piscina y le daba las hojas que iba recogiendo. Siempre de una en una, aunque eso la obligara a multiplicar sus viajes. Alberto no entendía aquella extraña conducta.

—Esa chica me pone nervioso —me decía lleno de congoja—. Creo que no está bien de la cabeza.

Cuando terminaban de recoger las hojas, Eva salía de la piscina y volvía con Marta Serrano, Beatriz y las otras chicas.

—Bueno, ya me voy —murmuraba.

Alberto la despedía con un leve movimiento de cabeza, simulando indiferencia, pero sólo para mirarla a hurtadillas mientras se alejaba por el borde de la piscina.

Esa tarde, mientras hacíamos tiempo para asistir a la velada de boxeo, estuvimos hablando de ellas, y de lo extraño que era que Beatriz Ocaña pasara el verano en la ciudad, en vez de ir a Castro Urdiales, que era su lugar habitual de veraneo. Estábamos en la orilla del río. Los gorriones se movían en bandadas ruidosas a nuestro alrededor y la luz de la tarde tenía una consistencia casi física. De vez en

cuando se veía una urraca, con su plumaje de color blanco y negro, que a la luz del sol resultaba lleno de reflejos verdosos y púrpuras, sobre todo en las plumas de la cola. No eran demasiado temerosas, pero cuando te acercabas más de la cuenta emprendían la huida. Su vuelo era entonces un movimiento lento y amariposado, en el que se alternaban rápidos aleteos con planeos cortos.

Un poco más allá, entre los carrizos y las salicarias, vimos un grupo de ánades reales. Solían aprovechar las horas más tranquilas del atardecer para salir del agua a buscar alimento, y eran capaces de recorrer enormes distancias y llegar hasta la carretera. También vimos pollas de agua, con sus picos color rojo y sus colas siempre agitadas. En la época de la reproducción se podían ver sus polluelos, que parecían bolas de plumón negro con marcas rojas en la cabeza y pico anaranjado. Eran capaces de nadar y bucear a los pocos días de salir del cascarón.

Se estaba haciendo de noche y frente a las piscinas deportivas ya empezaba a haber el bullicio típico que precedía a aquellas veladas. Aún faltaba más de una hora para el inicio de los combates, pero los chavales empezaban a merodear por allí, esperando la llegada de los boxeadores. Los profesionales, que eran los que más expectación causaban, solían llegar en coches lujosos de vistosos colores, que aparcaban en la misma puerta, mientras decenas de chavales se abalanzaban para saludarlos o darles palmadas en los hombros. El año anterior habíamos visto al gran campeón Luis Folledo, que llegó conduciendo un descapotable rojo, acompañado de una rubia muy maquillada que sonreía a un lado y a otro imitando a las actrices de cine, y cuyos tacones, inverosímilmente altos, la sostenían de milagro. Los vendedores de refrescos ya estaban también allí, con sus cubos de hielo picado, junto a los que vendían cigarrillos —que comprábamos sueltos—, pipas y caramelos. El viejo paseo de los plátanos, iluminado por bombillas de escasa potencia, empezaba a animarse poco a poco a la espera del comienzo de los combates. Fue cuando Alberto se dio cuenta de que las puertas de las piscinas Samoa permanecían entornadas.

—Joder, hay alguien dentro —dijo Alberto, alarmado por el descubrimiento.

Según nos había contado Nacho Castro, nuestro jefe, a comienzos de la temporada unos gamberros habían entrado a robar las bebidas del bar causando importantes destrozos. «Puedo entender al que roba —decía Nacho Castro siempre que comentaba el suceso—, pero no al que hace daño sólo por joder. ¿Qué provecho saca?»

Alberto y yo nos acercamos a la puerta y entramos extremando las precauciones. El agua tenía a aquellas horas un color azul oscuro, y temblaba como una sustancia viva. Era una noche muy clara, y la luna se dibujaba en el cielo desleído como un disco perfecto. Su luz daba a las cosas una cualidad irreal. Las hamacas, ordenadas en dos largas filas a ambos lados de la piscina, parecían flotar en esa luz. Entonces vimos a Serafín Parra. Estaba sentado en una de las hamacas y permanecía inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

—Es el Centella —dijo Alberto, mientras me empujaba para que nos acercáramos a él.

Serafín no reparó en nosotros. Tenía las ropas completamente empapadas y había un charco a sus pies, como si acabara de salir del agua dejando por el suelo a su paso el rastro brillante y húmedo de las

criaturas anfibias. Entonces empezó a hablar. Estábamos demasiado lejos y no le entendíamos bien. Descubrimos que se trataba de una lengua extranjera. Hablaba mirándose las grandes manos, que mantenía con los puños cerrados delante de su rostro. De vez en cuando, incluso, se incorporaba y lanzaba los puños hacia delante, midiéndose con un rival invisible. Apenas lograba mantenerse en pie. Volvió a sentarse y, dejando caer las manos a ambos lados del cuerpo, permaneció con la mirada perdida en un lugar que sólo parecía existir en su fantasía. Se le veía completamente agotado.

Alberto se había acercado a él y le puso la mano en el hombro.

—Serafín —le preguntó—, ¿estás bien?

Serafín Parra levantó la mirada pero no lo reconoció. Luego volvió a situar la cabeza entre las manos y continuó con aquella jerga ensimismada, ahora más lenta, más concentrada y reflexiva. Sus palabras tenían una melodiosa modulación y hablaba con fluidez y un extraño dominio, como si estuviera recitando un papel aprendido largo tiempo atrás. El papel de una obra de teatro o de un guión de cine que hubiera repetido decenas de veces en los escenarios, y cuya interpretación aún le siguiera afectando.

—¿Qué dice? —le pregunté a Alberto.

—Ni idea —me respondió. Y enseguida, añadió—: Creo que es inglés.

Hay que decir que en aquellos años el inglés era un idioma poco conocido en nuestro país. En el bachillerato se estudiaba francés, las películas siempre se veían dobladas y la música que se escuchaba en la calle se nutría básicamente de canciones francesas e italianas. De forma que el inglés era un idioma que apenas había empezado a introducirse en nuestra vida cotidiana y cuya fonética era casi tan desconocida para nosotros como la del más exótico de los idiomas. Pero a Alberto le bastó con afirmar que aquella lengua era inglés para que inmediatamente nos sintiéramos embargados por una emoción que nos retrotraía a los años que Serafín había estado en Hollywood, a su vida junto a la hermosa actriz, y a aquel tiempo de lujo y misteriosos placeres del que nosotros sólo teníamos una imagen huidiza gracias a las películas que veíamos en las sesiones continuas del cine Capitol o del teatro Pradera, los miércoles y los sábados por la tarde. No sé cuánto tiempo permanecemos escuchándole, fascinados por el ritmo hipnótico de aquella lengua tan hermosa como incomprensible que Serafín Parra parecía dominar mejor que la propia. Pero no fue mucho, pues, completamente agotado, terminó tumbándose en la hamaca y se quedó dormido.

—Serafín, ¿estás bien? —le preguntó Alberto, mientras le sacudía por el hombro para despertarle. No podíamos dejarle allí. Muy pronto empezaría a refrescar y tenía que quitarse toda aquella ropa si no quería coger una pulmonía.

Empezamos a escuchar la algarabía que anunciaba el principio inminente de la velada de boxeo. Ardíamos en deseos de correr a ver los combates, pero no podíamos dejar a Serafín Parra en aquel lamentable estado. Convinimos que lo mejor era llamar a Nacho Castro, y fui yo el que se dirigió al teléfono del bar para hacerlo. Pero me respondió su mujer, que me dijo con sequedad que su marido no estaba en casa y que no sabía cuándo iba a volver. Se oía ruido de niños y carreras en la casa. Tenía tres

hijos pequeños y estaba embarazada del cuarto. Yo había ido dos semanas antes a verla para llevarle un encargo de su marido y me había recibido en combinación.

—Perdona, guapo — me dijo a modo de disculpa —, pero con estas fieras a mi alrededor no tengo tiempo ni para vestirme.

Su vientre estaba muy abultado por el nuevo embarazo y sus ojos ojerosos y alucinados miraban a su alrededor con una intensidad rencorosa y febril. No pude dejar de fijarme en sus senos, que, apenas cubiertos por la tela ligera de la combinación, y debido al avanzado embarazo, tenían la textura tersa y brillante de la fruta recién lavada. Fuimos hasta la cocina y me preguntó si quería merendar. Negué con la cabeza. Iba a decir algo de Nacho pero me bastó con pronunciar su nombre para que ella me interrumpiera con decisión.

—Nacho es un hijo puta.

Nunca había oído a una mujer usar aquellas palabras y me callé acobardado.

—Bueno, tengo que irme — le dije después de unos minutos que se me hicieron interminables, y me acompañó a la puerta.

Tendí la mano para despedirme y ella me plantó un beso en la mejilla; sus labios ardían como si tuviese fiebre. Todos los niños estaban a su alrededor. Me miraban con los ojos fijos y brillantes de esos polluelos que enloquecen de hambre en los nidos.

Me bastó con escuchar su voz por teléfono para revivir toda la escena. Me di cuenta de que vivía instalada en un mundo de reproches y resentimientos en el que, por alguna razón que no comprendía, también me incluía a mí.

—Tú eres el que vino a casa el otro día, ¿verdad?

—Sí — le contesté.

Sentía su respiración acechante y deseaba colgar el teléfono, pero no me atrevía a hacerlo. Permanecimos un buen rato en silencio.

—Bueno, tengo que colgar — murmuré por fin, y colgué.

No era cierto, como nos decían en el colegio, que las familias fueran los recintos de la felicidad. No, al menos, las que conocía yo. Todas rebotaban dolor.

Al volverme, me fijé en el agua de la piscina. Pensaba en Beatriz, en Marta Serrano y en las hermanas Zulueta, chapoteando en ella como peces en las corrientes, ajenas a esa vida oculta que acechaba a sus espaldas esperando el momento de intervenir.

Regresé a donde estaba Alberto. Serafín continuaba dormido. Parecía más delgado. Debajo de la hamaca se había formado un gran charco de agua. Una brisa húmeda, con olor a limo, venía de la orilla del río.

—Nacho no está en casa — le dije a Alberto —, y su mujer no tiene ni idea de cuándo va a volver.

Alberto tenía los ojos fijos en Serafín Parra, atento a la menor manifestación de vida consciente.

—No podemos dejarlo así — murmuró, y empezó a desabotonarle la camisa—. Ayúdame, tenemos que quitarle esta ropa.

Le quitamos la camisa, y luego los pantalones y los calzoncillos. Serafín estaba muy delgado, pero aun así nos costó mucho desnudarlo, pues, a pesar de estar dormido, se mantenía en un estado de gran tensión corporal. Parecía mentira que sólo unos años atrás hubiera peleado en un ring y ganado combates y títulos. Al quitarle los pantalones y los calzoncillos, no pude dejar de fijarme en su sexo, flácido y oscuro, como un animal enfermo. Nuestro amigo guardaba en el cuartucho del bar ropa vieja para hacer sus tareas, y Alberto fue por ella y logramos ponérsela. Una salva de aplausos nos anunció que la velada de boxeo acababa de empezar en las piscinas deportivas. No podíamos hacer mucho más, y decidimos ir a ver los primeros combates. Dejaríamos descansar a Serafín, y luego regresaríamos para llevarle a su casa.

Fue una velada extraordinaria. Peleaba un chico de Salamanca llamado Vallecillo, que en pocos meses había conseguido una gran fama entre los aficionados al boxeo *amateur*, una fama que no le duraría mucho. Como tantos de aquellos boxeadores, enseguida desaparecería sin dejar rastro, pues lo difícil en aquel deporte no era conseguir algún triunfo, sino mantenerse. «Hay que aprender a sufrir», solía decirnos Mateo Primero en los entrenamientos. Vallecillo no era así. Subía al ring para jugar, para divertirse. Bailaba alrededor de sus rivales y era leve y flexible como los carrizos y los juncos del río. A nosotros nos entusiasmaba, pero Mateo Primero movía la cabeza negando. «No hará nada. Ese chaval tiene alma de bailarín. –Y enseguida añadía–: ¿O acordáis de Lázaro? Se pasó tres jodidos días en el sepulcro, hasta que Jesús le resucitó. Pues eso es el boxeo, luchar para no tener que volver.»

De Mateo Primero se decía en el barrio que su mujer le había dejado plantado a los pocos meses de la boda. Le doblaba la edad y ella se había ido con el encargado de un local de billares que había junto a la catedral. Fue entonces cuando Mateo Primero abrió aquel gimnasio, en el que entrenaba al salir de su trabajo de cajero en un banco. Conocía a Paulino Uzcudun, ex campeón europeo de los grandes pesos, y puso al gimnasio su nombre. Paulino Uzcudun, el hombre que más gloria había proporcionado al boxeo español, se acercaba por allí con frecuencia para asistir a los entrenamientos o a alguna de las veladas que se organizaban. Mateo Primero era un hombre muy respetado en los círculos boxísticos y, a pesar de la modestia de sus planteamientos, su gimnasio empezó a ser conocido por toda España. En la pequeña oficina tenía recortes de prensa, y muchas veces nos pedía que fuéramos a buscarlos, en especial aquellos que aludían a las visitas de Paulino Uzcudun a nuestra ciudad.

«Daniel – me decía –, tú que eres estudiante, lee a estos brutos lo que dice el campeón.»

Uzcudun no tenía pelos en la lengua. Afirmaba que los boxeadores de entonces no se podían comparar con los de su época, ya que les faltaba amor propio y corazón, algo esencial para pelear. Estaba convencido de que ni Sonny Liston ni Floyd Patterson le habrían durado más de tres asaltos y aseguraba que en Norteamérica el boxeo estaba en manos de los gánsters y que a él le habían drogado para que perdiera. Allí, en los combates, solían concederte dos hombres para que te atendieran, y mientras tu entrenador hablaba contigo o te daba masajes en los brazos, les era muy fácil contaminar el agua que luego te daban a beber. En un combate contra Primo Carnera se había despertado a las cuatro de la madrugada, y no precisamente a consecuencia de los golpes que pudiera haber recibido. Pero lo

esencial era boxear con corazón; si era así y habías entrenado duro, ante *sparrings* de tu tamaño, el combate suponía un descanso. En aquellas fotos Uzcudun no parecía un bruto, sino un hombre amigable y tranquilo, encantado con su suerte. Sí, eso parecía estar diciendo, que más valía no mirar atrás.

Vallecillo venció sin problemas esa noche y todos le aplaudimos a rabiar, mientras él corría de un lado a otro del ring levantando los brazos para saludar, especialmente a las mujeres, que se daban palmadas en los muslos y gritaban como conejos. Vimos los dos combates siguientes, y cuando nos acordamos de Serafín Parra habían pasado cerca de dos horas. Regresamos corriendo a las piscinas Samoa, pero Serafín se había ido. Lo estuvimos buscando, primero por los vestuarios y el bar y luego por el exterior, siguiendo la orilla del río, en dirección al puente. Se había levantado un fuerte viento y los árboles se agitaban oscuramente sobre nuestras cabezas, haciendo que el ruido de sus hojas recordara al de unas monedas chocando. Al salvar el desnivel que llevaba al paseo de las Moreras, que era donde se ponían las barracas de feria cuando llegaba septiembre, vimos a lo lejos la silueta inconfundible de nuestro amigo. Acababa de cruzar la carretera y caminaba en dirección al seminario. A la luz de las farolas, su cuerpo extremadamente delgado parecía a punto de quebrarse, como el de un hombre al que hubieran disparado y continuara andando. Mateo Primero tenía razón, era como Lázaro. No estaba claro que aquello de resucitarle hubiera sido una buena idea. Se despedía del mundo de los vivos y regresaba a la oscuridad de la tumba para descansar de sus pensamientos.